

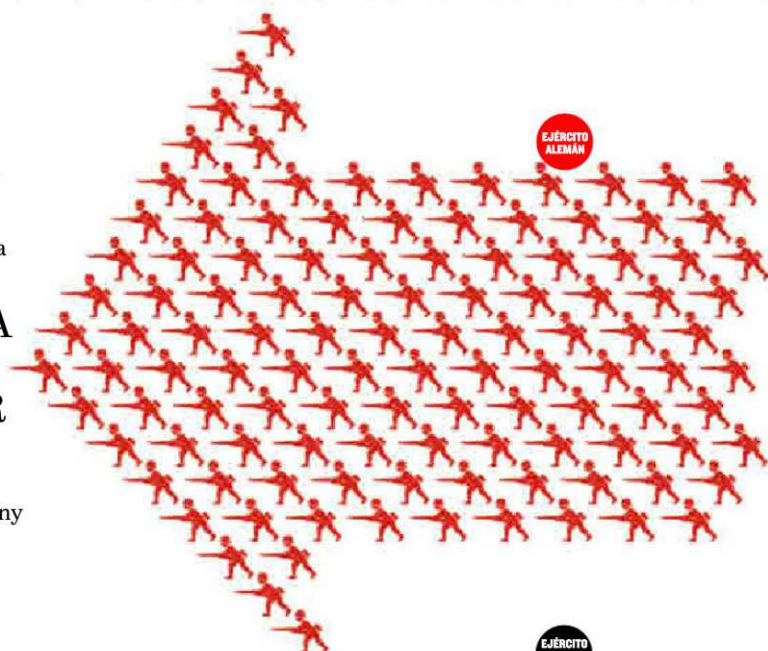


EJÉRCITO
INGLÉS

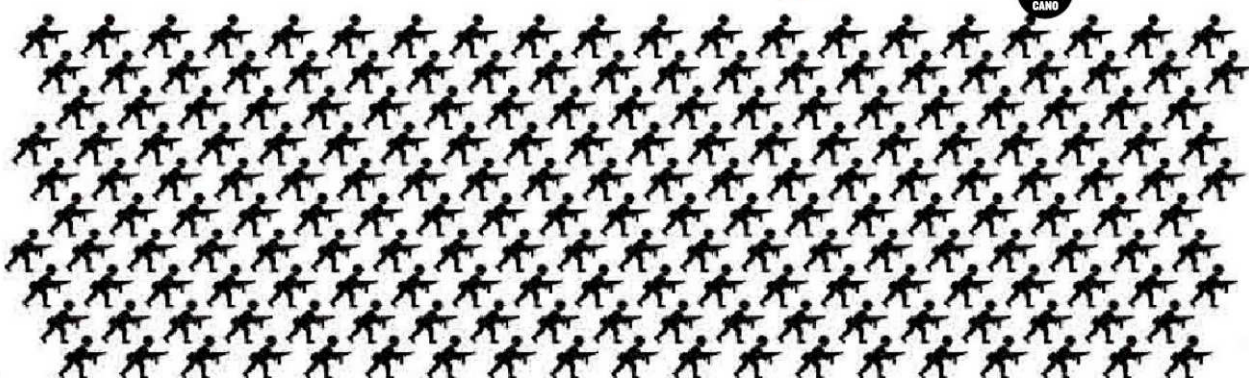
El dictador alemán intentó cambiar a la desesperada el rumbo de la guerra mediante la ofensiva de Las Ardenas en

LA ÚLTIMA CARTA DE HITLER

diciembre de 1944. Fracaso y su suerte quedó sellada. Antony Beevor cuenta esta batalla épica en un nuevo libro



EJÉRCITO
ALEMÁN



EJÉRCITO
AMERICAN
O

POR PEDRO G. CUARTANGO
INFOGRAFÍA DE ENRIQUE SÁNCHEZ HUERTAS

SOCIEDAD «SON COMO UNA PERSONA DIVIDIDA EN TRES», DICE LA MADRE DE JAIME, ALEJANDRO Y ÁLVARO, TRILLIZOS AUTISTAS (PÁG. 62) | **SALUD** EL MATERIAL DE 'HOSPITAL CENTRAL' ACABA EN UN CENTRO SANITARIO DE KENIA (PÁG. 64)

Una noche de finales de agosto de 1944, Adolf Hitler se despertó sobresaltado en la Guarida del Lobo, en Prusia Oriental, desde donde dirigía la guerra en el Este. El caudillo alemán llevaba varias semanas con problemas de salud y una fiebre que no remitía. Pero lo peor es que estaba histérico tras el retroceso de sus fuerzas en Rusia hasta la frontera polaca y las derrotas en el frente del Oeste que habían llevado a los ejércitos aliados de París a Aquisgrán.

Esa noche Hitler tuvo una visión: era posible cambiar el curso de la guerra mediante una audaz e inesperada ofensiva que partiría las fuerzas aliadas y permitiría a la Wehrmacht recuperar el control del puerto de Amberes, clave para el suministro de las tropas de Eisenhower. El éxito de esta operación permitiría destruir cuatro ejércitos al norte del río Mosa y volver a ocupar Bruselas. Luego vendría un avance sobre París, que culminaría con la rendición o la retirada de las divisiones que habían desembarcado en Normandía.

Tuvieron que pasar más de tres meses hasta que el sueño de Hitler pudo materializarse. Fue el 15 de diciembre de 1944 cuando cuatro ejércitos con medio millón de soldados, 2.000 tanques y 2.400 aviones de la Luftwaffe iniciaron un ataque sorpresa por los densos bosques de Las Ardenas, en Bélgica, mal defendidos por los aliados que no creían posible que sus enemigos pudieran cruzar esa abrupta zona.

La batalla de Las Ardenas fue una de las más sangrientas de la II Guerra Mundial, y según coinciden todos los historiadores, fue el último zarpa-zo de Hitler, que se lo jugó todo a una carta, desoyendo el consejo de sus generales. La sangrienta confrontación duró casi un mes, pero lo cierto es que el 25 de diciembre, día de Navidad, los alemanes habían progresado 50 kilómetros hasta Bastogne, pero ya no podían seguir adelante. Carecían de combustible, sus soldados estaban agotados y sus divisiones habían sufrido un importante castigo. Walther Model, el comandante en jefe sobre el terreno, sabía que la ofensiva había fracasado, pero no se atrevió a decir nada a Hitler, que ordenó seguir avanzando hacia el Mosa.

La epopeya de la última gran contienda de la II Guerra Mundial, en la que se luchó metro a metro, decenas de pueblos y aldeas quedaron totalmente devastados y varios miles de civiles perdieron la vida, es contada por el historiador británico Antony Beevor en *Las Ardenas 1944*, publicado por la editorial Crítica. El libro coincide con la salida de otro gran trabajo de Christer Bergström, titulado *Ardenas, la batalla*, editado por

Pasado&Presente. Bergström sostiene, a diferencia de Beevor, que la ofensiva de Hitler podía haber tenido éxito gracias a la calidad de sus tropas y la excelente preparación de sus oficiales.

El hecho es que el inicio de la operación consiguió coger por sorpresa a Eisenhower, Bradley y Montgomery, que habían descartado un contraataque por Las Ardenas mientras preparaban una ofensiva para tomar la zona industrial del Ruhr, de vital importancia estratégica para Alemania.

En esta ocasión Hitler hizo firmar a los oficiales que participaban en el diseño de la operación un documento en el que se comprometían a guardar el secreto bajo pena de muerte. Todas las instrucciones se dieron por escrito y no se utilizó la radio ni el teléfono para transmitir las órdenes. Por eso, los aliados, que descifraban a través de Enigma todas las comunicaciones alemanas, jamás dispusieron del menor indicio de lo que venía encima. Por añadidura, los transportes de tropas y material se efectuaron por la noche, fuera del alcance de la observación aérea.

Un coronel de la inteligencia militar llamado B. Dickson, considerado un personaje extravagante, advirtió a primeros de diciembre de que había serios indicios de que los alemanes iban a atacar por Las Ardenas, pero sus jefes no sólo no le creyeron sino que le enviaron de vacaciones a París.

Los primeros movimientos de tropas comenzaron en la madrugada del 15 de diciembre tras varios aplazamientos, motivados por la falta de combustible y la dificultad de trasladar hombres del frente del Oeste con la oposición del general Guderian, que creía que era una locura que facilitaría el avance del Ejército Rojo hacia el Oder.

La idea de Hitler, padre del plan, era dividir a las fuerzas aliadas en dos bloques, dejando en el norte a los ejércitos anglo-canadienses mandados por Montgomery, que quedarían aislados, sin combustible ni munición. En el sur, estarían las tropas americanas al mando de Bradley, que serían empujadas hacia París por las divisiones blindadas de la Wehrmacht. Model y el mariscal de campo Rundstedt, superior del primero, pensaban que la operación no tenía más de un 10% de posibilidades de éxito, pero sus reservas fueron acalladas por el dictador nazi, que veía en sus objeciones una prueba de deslealtad y cobardía.

A las cuatro de la madrugada, el VI Ejército Panzer comandado por el brutal Sepp Dietrich, un miembro de

las SS que se había ganado la confianza de Hitler, irrumpió en los bosques de Las Ardenas en dirección hacia Lieja. Incluía la famosa división Leibstandarte, la formación de élite de las Waffen-SS, con fama de arrasar todo lo que pisaba. El VI Ejército tenía encomendado el flanco norte de la ofensiva y contaba con el apoyo de casi 1.000 blindados Tiger y Panther. En la más pura lógica de la guerra relámpago, Dietrich tenía que avanzar rápidamente, rompiendo la resistencia de las divisiones americanas acantonadas en la zona, y cruzar el río Mosa hasta llegar a Amberes sin detenerse.

Al sur de las fuerzas de Dietrich, sentenciado a cadena perpetua al final de la guerra por crímenes de guerra, el V Ejército bajo el mando

del general Hasso von Manteuffel, con reputación de brillante estratega, tenía que progresar por la zona centro y luego girar hacia Bruselas. Y en la parte más meridional, la tercera flecha del ataque era el VII Ejército, bajo el mando del general Erich Brandenberger, que tenía como misión proteger el flanco de Manteuffel. Al norte de las tres líneas, Model había situado como fuerza de reserva el XV Ejército del general Von Zangen, de muy poca capacidad operativa.

Los alemanes avanzaron varias decenas de kilómetros el 15 de diciembre sin apenas resistencia, ya que los aliados sólo contaban con dos divisiones sin experiencia de combate ni formación adecuada. Estaba también la excelente y curtiada 28 División de Infantería, que había sido enviada a descansar a un lugar apacible y lejano del frente tras la cruenta batalla de Hürtgen. La niebla y las malas condiciones atmosféricas favorecieron la sorpresa, de suerte que aviación aliada no pudo intervenir. Eisenhower y Bradley tardaron más de 24 horas en comprender que el ataque no era una simple maniobra de distracción. Cuando se dieron cuenta, ordenaron al escéptico general Patton el envío de varias divisiones de refuerzo.

Al tercer día de la ofensiva de Dietrich, las fuerzas americanas se habían reordenado mediante una línea defensiva que empezó a ofrecer resistencia. Los alemanes, con problemas de combustible, ralentizaron su progresión. A lo largo de un frente de más de 20 kilómetros, se peleaba metro a metro, casa a casa y aldea por aldea. En el pueblo de Rocherath, «los blindados alemanes empezaron a arrasar las viviendas del pue-

blo, disparando a bocajarro, metiendo los cañones por las ventanas», escribe Beevor.

La temperatura descendió por debajo de 10 bajo cero, empezó a nevar y el barro se transformó en una superficie helada. Las tropas alemanas avanzaban detras de los carros de combate y pasaban la noche a la intemperie o en las granjas que hallaban al paso. Los aliados cavaban pozos y se ocultaban tras la espesa vegetación, mientras los tanques disparaban a las cúpulas de los árboles provocando una lluvia mortal contra la infantería americana.

Miles de hombres de ambos bandos perdieron la vida por congelación y muchos de ellos fueron encontrados con el fusil en la mano o en pie bajo un árbol como estatuas de hielo. Un sargento cuenta cómo se acercó por detrás a cuatro alemanes que emergían de la nieve en actitud de marcha hasta que se dio cuenta de que estaban congelados.

Para sobrevivir había que tener los pies calientes y ello era imposible en las condiciones climatológicas de Las Ardenas, con un frío extremo y unas condiciones de combate que resultaban insostenibles a los que no eran excepcionalmente fuertes. Se peleaba de forma enconada y los batallones perdían el sentido de la orientación en el bosque, sin saber dónde estaba su retaguardia.

El 17 de diciembre el Kampfgruppe mandado por el coronel Peiper asesinó a 80 prisioneros cerca de Malmédy, ciudad que había sido tomada unas horas antes por Dietrich. La acción horrorizó al alto mando aliado, que redactó un comunicado en el que prometía que esos crímenes no quedarían impunes. Era también una invitación a los soldados a morir antes de caer en manos de las SS, que saquearon casas, fusilaron a civiles y se comportaron con una inusitada crueldad.

Dos días después, una división panzer llegaba a Bastogne, un enclave crucial que ya había sido reforzado por los americanos. Hitler ordenó tomar la ciudad en 24 horas tras un fuerte bombardeo de la artillería alemana. Pero los americanos lucharon heroicamente bajo las ruinas de una villa reducida a escombros. La Wehrmacht no pudo entrar en Bastogne, que fue reabastecida por la aviación aliada en las jornadas siguientes mediante cientos de toneladas de armamento, munición y víve-

res. Cuatro cirujanos con sus equipos médicos aterrizaron a las afueras de la ciudad sin contratiempos mediante planeadores.

El 18 de diciembre, Eisenhower decidió poner las tropas americanas que estaban bajo el mando de Bradley, aislado en su cuartel general de Luxemburgo, en manos de Montgomery por razones operativas. Al día siguiente, según cuenta Beevor, Bradley llamó a Eisenhower hecho una furia:

«No puedo ser responsable ante el pueblo americano si haces eso, Ike. Dimíto».

«Brad, soy yo, no tú, el responsable. Así que tu dimisión no significa absolutamente nada».

El hecho es que el nombramiento del activo Bernard Montgomery sentó muy mal entre los generales americanos y fue vista como una humillación por la propia prensa estadounidense, que apuntaba con razón que el número de sus muertos en Bélgica era 20 veces superior al de los británicos. EEUU ponía el esfuerzo bélico y *Monty* se apuntaba los méritos. Eisenhower era consciente, pero apostó por confiar en el militar británico con el que ya había mantenido varios enfrentamientos.

Montgomery se trasladó a Chaudfontaine para establecer su cuartel general tras una espectacular aparición en un Rolls-Royce verde lleno de banderines y con una gran escolta. Allí tomó el mando de los ejércitos americanos mientras los generales Hodges y Simpson le enseñaban el mapa de operaciones sobre el capó de un jeep.

Hitler seguía eufórico las incidencias en su cuartel general del Oeste, creyendo que la resistencia era mucho más débil y que sus divisiones podrían llegar al Mosa antes del día de Navidad. «Todavía podemos ganar la guerra. Esta batalla es el regalo de Navidad más maravilloso para nuestro pueblo», dijo el Führer. Para reforzar el mensaje, Goebbels declaró que esas fechas se habían agotado las botellas de *champagne* en Berlín para celebrar el éxito de las divisiones panzer.

Pero el optimismo de Hitler y Goebbels distaba mucho de estar justificado. El 25 de diciembre el VI Ejército de Dietrich había superado Bastogne sin conquistarla y avanzado unos 50 kilómetros hacia el Mosa, pero había sufrido importantes bajas y se había quedado sin combustible

El coronel Dickson advirtió de una posible ofensiva en Las Ardenas, nadie le creyó y fue enviado a París de vacaciones. Hitler logró preservar el secreto mediante la prohibición de difundir los mensajes por radio y exigiendo un juramento de confidencialidad a los oficiales

LUGAR DE LA OFENSIVA: El paisaje nevado de las Ardenas. El mal tiempo restringiría la enorme potencia aérea aliada. El plan de 1944 exigía que la batalla se diera en el mismo bosque.



Hitler sabía que si conquistaba Amberes y llegaba al mar, los aliados quedarían atrapados entre los Países Bajos y no tendrían escape, y para ello estudió un tremendo ataque.

FUENTE: Elaboración propia.

Aprovechamos esta esquina insignificante para recordar a los clientes de la **HIPOTECA NARANJA** de ING DIRECT QUE HAN ELEGIDO BIEN.

y sin avituallamiento. La moral de sus hombres estaba por los suelos tras toparse con una feroz resistencia en las líneas organizadas por Montgomery. Manteuffel, menos castigado, seguía progresando, pero pronto se iba a topar con el contraataque del III Ejército de Patton y otras fuerzas auxiliares.

El 26 de diciembre Bastogne fue liberada. El signo de la batalla había cambiado y la derrota alemana era ya inevitable. Model sabía que gran parte de sus divisiones había sido destruida y lo que quedaba del VI Ejército estaba atrapado en una gran bolsa. Pero Hitler intentó una gran ofensiva aérea el 1 de enero, que fue un estrepitoso fracaso ya que la Luftwaffe perdió 270 aviones y se vio totalmente superada por los aliados.

En las dos semanas siguientes, los Ejércitos de Patton por el sur y el de Montgomery por el norte formaron una gigantesca tenaza que destruyó a las fuerzas alemanas que no lograron salir del cerco. El 7 de enero Hitler había ordenado la retirada, pero ya era demasiado tarde. Su apuesta había fallado y había perdido unas fuerzas vitales para detener el avance aliado en el Este.

El alto mando alemán evaluó sus pérdidas humanas en 20.000 muer-

tos, otros 20.000 desaparecidos y 40.000 heridos, aunque hay quien eleva al doble el balance. La Luftwaffe quedó destruida y la moral de la Wehrmacht ya no volvió a recuperarse. A mediados de enero, el Ejército Rojo se adelantaba en Polonia y liberaba una Varsovia en ruinas. Pronto el Ejército Rojo estaría en las fronteras alemanas, como había vaticinado Guderian. Mientras, Bradley y Patton iniciaban su larga marcha hacia Berlín, que topó con una feroz resistencia en el Ruhr, zona donde se concentraba la industria alemana y había importantes yacimientos de carbón. Hasta mediados de abril el empuje estadounidense no pudo doblegar a las fuerzas de Model.

En el bando aliado, las cifras estadounidenses fueron similares: otros 20.000 muertos y 23.000 desaparecidos. Las pérdidas británicas ascendieron a 1.400 hombres, lo que provocó duras críticas de la prensa americana, que se ensañó con el protagonismo de Montgomery a costa del sacrificio de los soldados que habían cruzado el Atlántico para luchar por una causa europea.

Tras el desenlace de Las Ardenas, Alemania perdió su última baza para invertir el curso de la guerra. Hitler era consciente de las consecuencias de su fallida apuesta, pero todavía seguía confiando en un milagro que no se produjo. El Tercer Reich comenzaba su agonía.

LOS ALIADOS



Las tropas involucradas en las batallas de Arnhem y la del bosque de Hürtgen, se encontraban allí para descansar.

840.000 soldados
1.616 tanques
6.000 aviones
4.155 piezas de artillería

LOS ALEMANES



Ya había sido escenario de la victoria contra los franceses en 1940. Esperaban el fin político de la alianza, y así centrarse en los rusos.

500.000 soldados
2.000 tanques
2.400 aviones
1.900 piezas de artillería

BALANCE DE BAJAS

Estadounidenses	Muertos	20.000
	Heridos	40.000
	Desaparecidos	23.000
Británicos	Muertos y desaparecidos	1.200
Alemanes	Muertos	20.000
	Heridos	40.000
	Desaparecidos	20.000

CONSECUENCIAS

El resultado podría interpretarse como un empate, pero los aliados poseían mejor armamento; sobre todo tanques.



La clave de los aliados estuvo en la movilidad. En 4 días los americanos pudieron multiplicar por dos sus efectivos de infantería y triplicar sus blindados.



La moral alemana quedó bajo mínimos. Además tuvieron que utilizar fuerzas de reserva que pensaban emplear contra los soviéticos, facilitando a la URSS consolidar su victoria en el frente oriental.



Iniciada el 16 de diciembre de 1944 y finalizada el 25 de enero de 1945, la Batalla de las Ardenas fue el enfrentamiento más gigantesco del Frente Occidental durante la Segunda Guerra Mundial.

INCONVENIENTES



Escasez de suministros por luchar en dos frentes



Tropas mal equipadas y deficiencias en artillería y munición



Dificultad de movilidad en ese terreno. Lentitud en avance



Grave escasez de combustible, tenían que ir requisándolo para avanzar

PLANIFICANDO LA OFENSIVA CONTRA LOS ALIADOS



Enrique Sánchez / EL MUNDO